

mos ahora las siete pestes; y cómo me alegraba pensando que sobre poco más ó ménos estamos hechos todos por aquel molde, y que, Dios sea loado, podremos habituarnos poco á poco á envidiar el molde de otros, pero no conseguiremos perder el nuestro jamás!

Después de tres meses cumplidos de residencia en Madrid, tuve que partir para que no me cogiese el verano en el Mediodía de España. Recordaré eternamente aquella hermosa mañana de Mayo en que abandoné acaso para siempre mi querida Madrid. Dejábala para ir á ver Andalucía, la tierra prometida de los viajeros, la fantástica Andalucía, cuyas maravillas tanto habia oido decantar en Italia y en España á novelistas y poetas; aquella Andalucía por la cual puedo decir que habia emprendido el viaje; y sin embargo, estaba triste. Habia pasado tan dulces dias en Madrid! Dejaba tantos buenos amigos! Para ir á la estacion del camino de hierro del Mediodía, atravesé la calle de Alcalá, saludé de lejos los jardines de Recoletos, pasé delante del Museo de pintura, me detuve á mirar una vez más la estatua de Murillo, y llegué á la estacion con el corazón oprimido.—Tres meses?—me preguntaba á mi mismo pocos momentos ántes de que el tren partiese;—han pasado ya tres meses? No ha sido un sueño? Y, sin embargo, sí, es como si hubiera soñado. Acaso no volveré á ver nunca á mi buena patrona de casa, ni á la niña del señor Saavedra, ni el rostro dulce y sereno de Guerra, ni á los amigos del ca-

fé de Fornos, ni á ninguno... Pero qué! No podré volver?... Volver!... Ah! no. Sé bien que no podré volver. Y entonces... adios, amigos! Adios, Madrid! Adios, mi pequeña habitacion de la calle de la Aduana!...—Paréceme como que en este momento se me parte una fibra en el corazon, y siento necesidad de esconder el rostro...

VI.

ARANJUEZ.

Una partida carlista.—El Palacio.—Los jardines.—La vida íntima de la familia real.—Amores de las princesas.

Como al venir por el camino del Norte, así cuando se sale de Madrid por el camino del Mediodía se recorre una campiña deshabitada que recuerda las provincias más pobres de Aragon y de Castilla la Vieja: extensas llanuras amarillentas y secas, en las cuales se cree que el terreno, tocando sobre él, deba resonar como una puerta, ó quebrarse como la corteza de una torta, y pocas aldeas mezquinas, del mismo color que el suelo, que parece debieran encenderse como un monton de hojas sólo con acercar un fósforo al ángulo de una casa. Al cabo de una hora de camino, mi espalda buscó la pared del coche, mi codo buscó un sosten, mi cabeza buscó la mano, y cai en profundo sopor como un miembro del *Ateneo d'ascoltazione* de Giacomo Leopardi. Poco despues de haber cerrado los ojos, despertóme un

desesperado griterío de mujeres y muchachos, y salté en pié preguntando á los vecinos qué cosa hubiera sucedido. Pero ántes de que terminase la pregunta me tranquilizó una risotada general. Parece que unos cuantos cazadores diseminados por la campiña se habian puesto de acuerdo para meter miedo á los viajeros. Hablábase en aquellos días de la aparicion de una partida carlista en las inmediaciones de Aranjuez; los cazadores, fingiendo ser la vanguardia de la partida, habian dado grandes gritos miéntras pasaba el tren como para advertir al resto de la partida que acudiera, y gritando habian hecho ademán de disparar sobre los coches, lo que ocasionó el espanto y vocerío de la gente; luego volvieron de pronto las escopetas con la culata arriba, para dar á entender que todo era una burla. Pasado el susto, del que yo tambien participé por algunos instantes, volví á mi sopor académico, para ser de nuevo desvelado, aunque de una manera mucho más agradable que la primera vez.

Miré en derredor: la vasta campiña desierta se habia trasformado como por encanto en un inmenso jardín lleno de bosquecillos graciosísimos, recorrido en todas direcciones por anchas alamedas, sembrado de casas rústicas y de cabañas vestidas de verdura; aquí y allá saltos de fuentes, parajes sombríos, prados floridos, viñedos, senderillos; y un verde, un fresco y un olor de primavera, y un aire de quietud y de placer que trocaban en un paraíso el alma. Habíamos llegado á Aranjuez. Bajé del tren, eché por una hermosa calle á que daban sombra dos filas

de árboles gigantescos, y á los pocos pasos vine á encontrarme enfrente del Palacio Real.

El ministro Castelar ha escrito pocos dias hace en su *Memorandum*, que la caída de la antigua monarquía española fué decretada el dia en que una turba del pueblo, con la injuria en los labios y la ira en el corazon, invadió el palacio de Aranjuez para turbar la tranquilidad majestuosa de sus soberanos. Yo estaba justamente en aquella plaza donde el 17 de Marzo de 1808 ocurrieron los acontecimientos que fueron el prólogo de la guerra nacional, y como la primera palabra de la sentencia que condenó á muerte la antigua monarquía. Busqué en seguida con los ojos las ventanas del aposento del Príncipe de la Paz; me lo figuré cuando huía de sala en sala, pálido y desgredado, en busca de un escondite, al eco de los gritos de la multitud que subia las escaleras; ví al pobre Cárlos IV deponer con las manos temblorosas la corona de España en las sienes del príncipe de Astúrias; todas las escenas de aquel terrible drama se me presentaron delante de los ojos; y el silencio profundo del lugar, y la vista de aquel palacio cerrado y abandonado, me dieron frio en el corazon.

El palacio tiene la forma de un castillo; está hecho de ladrillos, con los ángulos de piedra blanca, y cubierto de un techo de pizarra. Sabido es que lo mandó construir Felipe II al célebre arquitecto Herrera, y que casi todos los reyes sucesivos lo embellecieron y habitaron en la estacion veraniega. Entré. El interior es magnífico: hay una sala soberbia

para recibir á los embajadores, un lindo gabinete chino de Cárlos III, un admirable tocador de Isabel II, y gran profusion de objetos de adorno preciosísimos. Pero todas las riquezas del palacio no valen lo que el golpe de vista de los jardines. La espectacion no queda defraudada. Los jardines de Aranjuez (Aranjuez es el nombre de la pequeña ciudad que está á poca distancia del palacio real) parecen hechos para una familia de reyes titánicos, á los cuales los parques de nuestros reyes debieran parecerles jardines de azoteas ó praderillas de césped. Alamedas larguísimas, flanqueadas por árboles de desmedida altura, que confunden sus ramas inclinándose unos sobre otros como encorvados por contrarios vientos, recorren en todas direcciones una selva cuyos límites no se distinguen; á través de esta selva, el Tajo ancho y rápido describe una majestuosa curva, formando aquí y allá cascadas y remansos; una vejetacion espesa y lujuriosa campea entre el laberinto de senderos, encrucijadas y salidas; por todas partes blanquean estátuas, fuentes, columnas, saltos valentísimos de agua que caen á chorros, á borbotones, á gotas, en medio de toda suerte de flores europeas y americanas; y al fragor majestuoso de las cascadas del Tajo, se une el canto de innumerables ruiseñores, cuyas alegres notas vibran en la sombra misteriosa de los desiertos senderos. En el fondo del jardin surge un pequeño palacio de mármol, de apariencia modesta, que encierra todas las maravillas de una régia mansion, y en el cual se respira todavía, por decirlo así, el aire de

la vida íntima de los reyes españoles. Aquí los camarines secretos, cuyo techo se toca con las manos, la sala de billar de Carlos IV, su taco, los cogines bordados por mano de las reinas, los relojes de música que alegraban los ócios de los infantes, las escalerillas, las pequeñas ventanas que conservan cien livianas tradiciones de caprichos principescos, y en fin, el más rico retrete de Europa, debido á un capricho de Carlos IV, el cual contiene en sí sólo tantas riquezas que se podría sacar para hacer un palacio, sin quitarle la noble primacía de que se siente orgulloso entre todos los gabinetes destinados al mismo objeto. Más allá de este palacio y por todo alrededor de los bosques, se extienden viñedos y olivares y plantíos de árboles frutales y rientes praderas. Es un verdadero oasis rodeado por el desierto, que escogió Felipe II un día de humor alegre, como para templar con imágenes placenteras la oscura melancolía del Escorial. Volviendo del pequeño palacio de mármol hácia el gran palacio real, por aquellas larguísimas alamedas, á la sombra de aquellos árboles desmesurados, en aquella profunda quietud de selva, pensaba en los magníficos cortejos de damas y de caballeros que un día giraban por allí siguiendo los pasos de jóvenes monarcas ó de reinas caprichosas y desenfrenadas, al son de amorosas músicas y de cantos que narraban la grandeza y la gloria de la invicta España, y repetía melancólicamente con el poeta de Recanati:

«..... Tutto è pace e silenzio
E piú di lor non si ragiona.....»

Pero mirando ciertos asientos de mármol medio escondidos entre el césped, y fijando la vista en la oscuridad de ciertos senderos lejanos, y pensando en aquellas reinas, en aquellos amores, en aquellas locuras, no podía contener un suspiro, que no era por cierto de piedad, y un secreto sentimiento de amargura me punzaba el corazón. Lo mismo que el pobre Adán en el poema *El Diablo mundo*, decía:—
¿Cómo están hechas estas grandes damas?—Cómo viven?—Qué hacen? Hablan, aman y gozan como nosotros?—Y partí para Toledo fantaseando el amor de una reina como un jóven aventurero de las *Mil y una noches*.

VII.

TOLEDO.

La entrada en la ciudad.—El puente de Alcántara.—La puerta del Sol.—Calles y casas.—La Catedral: el altar mayor; el coro; quién era Elpidio; la piedra donde puso los pies la Virgen; la capilla mozárabe; la sacristía; el campanario.—San Juan de los Reyes.—Santa María la Blanca.—El Alcázar; Toledo desde una de sus torres.—Un conserje que sabe historia.—Las murallas antiguas.—Los palacios de Galiana y los amores de Carlo-Magno.—El subterráneo de San Ginés.—Los baños de la Cava.—Una visita á don Antonio Gamero.—El pueblo toledano; su carácter y costumbres.—Glorias de Toledo.—Otros edificios públicos.—La fábrica de armas.—¡Fuera el extranjero!—¡A Córdoba!

Cuando nos acercamos á una ciudad desconocida, sería preciso llevar al lado á alguien que ya la hubiese visto, y nos pudiera advertir del momento oportuno para asomar la cabeza y descubrir su aspecto de una sola ojeada. Yo tuve la fortuna de ser avisado á tiempo por un tal que me dijo:

—Ahí tiene V. á Toledo.

Salté hácia la ventanilla, y dejé escapar una exclamacion de asombro.

Toledo se alza sobre una altura ríscosa y escarpada, á cuyos pies corre el Tajo describiendo am-

plísima curva. Desde el llano no se ven más que rocas y murallas de fortaleza, y al otro lado de los muros las cúspides de los campanarios y las torres. Las casas están escondidas; la ciudad parece cerrada é inaccesible, y más que de ciudad ofrece el aspecto de una roca abandonada: desde los muros á la orilla del rio no hay ni una casa ni un árbol; todo es desnudo, seco, yermo y riscoso; no se encuentra ánima viva: diriais que para subir es necesario andar á gatas, y os parece que á la primera aparicion de un hombre sobre aquellos derrumbaderos, ha de caerle encima de lo alto de los muros una tempestad de flechas. Bajais del tren, os meteis en un carruaje, llegais á la embocadura de un puente. Es el famoso puente de Alcántara que cabalga sobre el Tajo, y tiene una hermosa puerta árabe en forma de torre, la cual le da un aspecto bizarro y severo. Pasado el puente os hallais con un gran camino que sube en anchas curvas hasta la cúspide de la montaña. Allí os parece estar propiamente bajo una plaza fuerte de la Edad Media, y andar vosotros mismos cubiertos de las vestiduras de un árabe ó de un godo ó de un soldado de Alfonso el VI. Por todas partes penden sobre vuestra cabeza rocas salientes, murallas derribadas, torres y lienzos de antiguos bastiones, y más arriba la última cerca de la ciudad, negra, rematada por almenas enormes, abierta aquí y allí por grandes brechas, tras de las cuales asoman las casas prisioneras: á medida que subís, os parece que la ciudad se contrae y esconde. A mitad de la cuesta está la Puerta del Sol, una joya

de arquitectura árabe, compuesta de dos torres almenadas que van á juntarse sobre graciosísima puertecilla de arco doble, bajo la cual pasa el camino antiguo, y desde donde mirando hácia atrás se descubren el Tajo, la llanura y los montes. Seguis adelante, encontrais otros muros y otras ruinas, y finalmente las casas de la ciudad.

¡Qué ciudad! Me quedé sin aliento en los primeros instantes. El carruaje habia penetrado en una callejuela tan estrecha que los cubos de las ruedas tocaban casi las paredes.

—Pero, ¿á qué pasais por aquí?—dije al cochero.

El cochero se echó á reir y me contestó que ño habia otra calle más ancha.

—De modo que toda Toledo está hecha así?—volvi á preguntar.

—Toda así.

—Es imposible!—exclamé.

—Ya lo verá V.—añadió él.

La verdad es que no lo creia. Bajé á la puerta de una fonda, eché en una habitacion cualquiera mi maleta, y tomé escalera abajo corriendo para ver aquella extrañísima ciudad. Un mozo de la fonda me detuvo á la puerta, y me preguntó sonriendo:

—A dónde va V., caballero?

—A ver Toledo—respondí.

—Solo?

—Solo. Por qué no?

—Pero ha estado V. aquí otras veces?

—Nunca.

—Entónces no puede V. ir solo.

—Y por qué?

—Porque se perderá V.

—Dónde voy á perderme?

—En cuanto salga.

—No veo el motivo.

—El motivo está aquí;—respondió, señalándome un plano de Toledo pegado á la pared.

Me acerqué al plano y vi un laberinto de líneas blancas sobre fondo negro, semejantes á los garabatos que hacen los chiquillos en la pizarra para consumir el yeso á despecho del maestro.

—No importa, dije,—quiero ir solo. Si me pierdo ya me encontrarán.

—No dará V. cien pasos,—observó el criado.

Salí y eché por la primera calle, tan estrecha que, alargando los brazos, tocaba entrambas paredes. Habría dado cincuenta pasos cuando hallé otra calle más estrecha que la primera, y despues de ésta otra, y así sucesivamente. Me parecia andar, no por las calles de una ciudad, sino por los ámbitos de un edificio: seguia adelante con la idea de encontrar un lugar abierto. Es imposible,—pensaba,—que toda la ciudad esté hecha del mismo modo: no se podria vivir en ella. Pero, á medida que avanzaba, parecia-me que las calles fuesen más estrechas y más cortas; tenia que doblar esquinas á cada paso; tras de una calle en curva, venia otra en zig-zag, y tras de ésta otra en forma de gancho, la cual me llevaba de nuevo á la primera; giraba largo rato en medio de las mismas calles. Iba á parar de cuando en cuando á una encrucijada de varios callejones que esca-

paban en direccion opuesta, y éste se perdía en la oscuridad de un pórtico, aquél se acababa en la pared de una casa, el otro descendía como para internarse en las entrañas de la tierra, el de más allá se elevaba por áspera subida: algunos tan estrechos que apenas podían dar paso á un hombre; otros apretados entre edificios altos, que sólo dejaban aparecer una tira de cielo entre tejado y tejado, con pocas ventanas de reja, grandes puertas cuajadas de clavos, y portales angostos y oscuros. Anduve un rato sin encontrar á nadie, hasta que salí á una de las calles principales, toda flanqueada de tiendas y llena de hombres, mujeres y muchachos; pero poco más ancha que un corredor ordinario. Todo es proporcionado á la calle: las puertas parecen ventanas; las tiendas parecen nichos; se ven desde fuera los secretos de la casa: la mesa aparejada, los niños en la cuna, la madre que se peina, el padre que se muda de camisa. Todo está en la calle; no parece una ciudad, sino una casa habitada por numerosa familia. Doy vuelta á una calle ménos frecuentada: no se siente el ruido de una mosca; mi paso resuena hasta el cuarto piso de los edificios; alguna vieja se asoma á la ventana. Pasa un caballo y semeja que pasa un escuadron: todo el mundo se asoma á ver lo que sucede. El rumor más ligero se oye en mil partes: un libro que se cae al suelo en un piso segundo, un viejo que tose en un portal, una mujer que se suena las narices no sé donde; se oye todo. A lo mejor cesa de pronto el ruido, os encontrais sólos, y no se descubre el más mínimo signo de vida: son casas de bru-

jas, encrucijadas de conjuración, callejones para traidores, portales para delincuentes, ventanillas para coloquios de amantes adúlteros, puertas siniestras que hacen sospechar escaleras manchadas de sangre. Mas no hay con todo en este laberinto de calles dos que se parezcan; cada una tiene algo suyo propio: aquí un arco, allí una columna, más allá una escultura. Toledo es un emporio de riquezas artísticas, donde con sólo arañar las paredes se descubren en cualquiera parte recuerdos de todos los siglos: bajo-relieves, arabescos, ventanas moriscas, estatuas. Los palacios tienen puertas con láminas de metal cincelado, llamadores historiados, clavos lo mismo, escudos y emblemas, y forman gracioso contraste con las casas modernas pintadas de guirnaldas, medallones, amores, urnas y animales fantásticos. Pero estos embellecimientos no quitan nada al aspecto severo y triste de Toledo. Donde quiera que tendais la vista, hay algo que recuerda la ciudad fuerte de los árabes; por poco que vuestra imaginación trabaje, logra recomponer el cuadro medio borrado, con las ruinas esparcidas aquí y allá, y la ilusión es entónces completa; volveis á ver la gran Toledo de la Edad Media; olvidais el silencio y soledad de sus calles. Sin embargo, es una ilusión de pocos instantes, despues de los cuales caeis nuevamente en triste meditacion, y no veis más que el esqueleto de la ciudad antigua, la necrópoli de tres imperios, el sepúlcro que guarda la gloria de tres pueblos. Toledo recuerda aquellos sueños juveniles que siguen á la lectura de leyendas novelescas. Habreis visto

muchas veces en estos sueños ciudades oscuras, rodeadas de fosos profundos, de murallas altísimas, de rocas inaccesibles; habreis pasado sobre aquellos puentes levadizos, y entrado en aquellas calles herbosas y torcidas; habreis aspirado aquel aire húmedo de prision y de tumba. Pues bien, habeis soñado Toledo.

Así que se ha gozado del aspecto general de la ciudad, lo primero digno de verse es la Catedral, considerada con justo título como una de las más hermosas del mundo. La historia de esta Catedral, si ha de seguirse la tradición popular, se remonta á los tiempos del Apóstol Santiago, primer obispo de Toledo, que habria designado el lugar donde fué levantada; pero la construcción del edificio tal como se admira hoy, comenzó en 1227 bajo el reinado de San Fernando, y acabó despues de doscientos cincuenta años de trabajo casi continuo. El aspecto exterior de esta inmensa iglesia no es rico ni hermoso como el de la catedral de Búrgos. Delante de la fachada se extiende una pequeña plaza, que es el único punto de donde se puede abarcar con la vista gran parte del edificio; todo en derredor corre una callejuela, desde la cual, por más que se tuerza el cuello, apenas se ve otra cosa que el alto muro de piedra que cierra el templo como una fortaleza. La fachada tiene tres grandes puertas, que la una se llama del *Perdon*, la otra del *Infierno*, y la tercera del *Juicio*; al lado se alza una hermosa torre terminada en una bella cúpula octagonal. Por más que girando en torno del edificio se haya visto que es

inmenso, aún al entrar se experimenta profundo asombro; luego vivísimo placer, que viene de aquella frescura, de aquella quietud, de aquella sombra suave, y de una luz misteriosa que penetrando por las pintadas vidrieras de innumerables ventanas se esparce en mil rayos azules, amarillos, rosados, los cuales parecen agitarse aquí y allá á lo largo de los arcos y las columnas como listas de arco-iris. La iglesia está dividida en cinco grandes naves formadas por ochenta y ocho pilares enormes, cada uno compuesto de diez y seis columnas en forma de huso y apretadas como manojo de lanzas; una sexta nave corta en ángulo recto estas cinco, pasando entre el altar mayor y el coro; la bóveda de la nave principal se alza majestuosamente sobre las restantes, que parecen encorvarse como para rendirle homenaje. La luz variada y el color claro de la piedra dan á la iglesia como un aire de recogida alegría que templan el aspecto melancólico de la arquitectura gótica, sin quitar nada á su austera gravedad. Pasar de las calles de aquella ciudad á las naves de aquella Catedral, es como pasar de un sitio reservado á una plaza: se mira al rededor, se respira, y se vuelve á sentir la vida.

El altar mayor, queriéndolo considerar menudamente, exigiria tanto tiempo como la iglesia entera; es otra iglesia; una confusion de columnillas, de estátuas, de follaje, de ornamentos variadísimos, que resaltan á lo largo de los ángulos, se alzan sobre los arquivas, serpentean en derredor de los nichos, sostienen uno á otro, se amontonan y se esconden,

presentando en todas partes mil perfiles, grupos, relieves, dorados, colores y toda especie de artificiales hermosuras, las cuales ofrecen en conjunto el aspecto de una magnificencia llena de decoro y de gracia. Frente al altar mayor está el coro, dividido en tres órdenes de asientos maravillosamente esculpidos por Felipe de Borgoña y Berruguete, con bajo-relieves que representan hechos históricos, alegóricos y sagrados, y se consideran como uno de los más insignes monumentos del arte. En medio, en forma de trono, está el sitial del Arzobispo; al rededor enormes columnas de diasprio; sobre los arquivadas estatuas colosales de alabastro; á los lados púlpitos enormes de bronce con misales gigantescos, y dos órganos desmesurados, el uno frente al otro, de los cuales parece que va á salir un torrente de notas capaz de estremecer las bóvedas.

El gusto de la admiracion es turbado casi siempre en estas grandes catedrales por cicrones importunos, que quieren á toda costa que os divirtais á su manera. Para desgracia mia tuve que persuadirme de que los cicrones españoles són los más obstinados de la especie. Cuando á uno de éstos se le mete en la cabeza que habeis de pasar el dia con él, negocio concluido. Podeis encogeros de hombros, no responderles, dejar que pierdan el aliento sin volver siquiera la cabeza, girar por cuenta vuestra como si no los hubiérais visto: todo es lo mismo. En un momento de entusiasmo, delante de un cuadro ó de una estatua, se os escapa una palabra, un gesto, una sonrisa: basta; ya estais cogido, sois suyo, sois

presa de esta implacable *pieuvre* humana, que como aquella de Víctor Hugo, no deja á su víctima sino cortándole la cabeza. Estaba contemplando las estatuas del coro, cuando ví con el rabo del ojo una de estas *pieuvres*: un vejete medio consumido, que se me acercaba á paso lento, de puntillas, como un sicario, mirándome con un aire que queria decir: — Ya caiste.— Yo continué contemplando las estatuas; el viejo se me vino al lado, y púsose tambien á contemplarlas: luego, de repente, me preguntó:—

—Quiere V. que le acompañe?

—No,—respondí;—no me hace falta.

Y él sin desconcertarse:

—Sabe V. quién era Elpidio?

—La pregunta era tan extraña que no pude contenerme, y pregunté á mi vez:

—Quién era?

—Elpidio,—contestó,—fué el segundo Obispo de Toledo.

—Y á qué viene eso?

—Eso viene... á que el Obispo Elpidio fué el que tuvo la idea de consagrar la iglesia á la Virgen, que es la causa de que la Virgen viniera á visitar la iglesia.

—Y cómo se sabe?

—Cómo se sabe? Se vé.

—Querrá V. decir que se ha visto.

—Quiero decir que se ve todavía: tenga V. la bondad de venir conmigo.

Diciendo esto echó á andar, y yo, con curiosidad de saber cuál fuese esta prueba visible de la apari-

cion de la Virgen, le seguí. Nos detuvimos delante de una especie de tabernáculo que estaba junto á uno de los grandes pilares de la nave de en medio. El cicerone me mostró una piedra blanca incrustada en el muro, cubierta de un enrejado, y con esta inscripcion en torno:

«Cuando la reina del cielo
puso los pies en el suelo,
en esta piedra los puso.»

—De modo,—pregunté,—que la Santa Virgen ha puesto precisamente el pié sobre esta piedra?

—Precisamente sobre esta piedra,—me respondió.

Y pasando un dedo por entre los hierros, tocó con él la piedra, se besó el dedo, hizo la señal de la cruz y se dirigió á mí como para decirme:—Ahora le toca á V.

—A mí?...—contesté:—verdaderamente, amigo, no puedo...

—Por qué?

—Porque no me siento digno de tocar esa piedra divina.

El cicerone comprendió, y mirándome fijamente con una mirada seria, me hizo esta pregunta:

—Usted no cree?

Yo miré uno de los pilares. El viejo me hizo entonces seña de que le siguiese, y echó á andar hácia uno de los ángulos de la iglesia murmurando con acento triste:

—Cada uno es dueño de su alma.

Un clerigazo que estaba allí cerca, y que habia

adivinado la cosa, me lanzó una ojeada que parecía una flecha, y refunfuñando no sé qué, se alejó por el lado opuesto.

Las capillas son tales como conviene á semejante iglesia, y casi todas encierran algun hermoso monumento: en la capilla de Santiago, detrás del altar mayor, hay dos magníficos sepulcros de alabastro que guardan los restos del condestable D. Alvaro de Luna y su mujer; en la capilla de San Ildefonso, la tumba del cardenal Gil Carrillo de Albornoz; en la capilla de los Reyes nuevos las tumbas de Enrique II, Juan II y Enrique III; en la capilla del Sagrario, magníficas estátuas y bustos de mármol, plata, marfil y oro; una coleccion de cruces y reliquias de inestimable valor, y los restos de Santa Leocadia y Santa Eugenia dentro de dos cajas de plata cinceladas con finísimo trabajo.

La capilla Mozárabe, que corresponde á la torre de la iglesia y fué construida para perpetuar la tradicion del primitivo rito cristiano, es acaso la más digna de atencion. Una de las paredes está toda cubierta de una pintura al fresco que representa un combate entre moros y toledanos, maravillosamente conservada hasta en sus más delicadas entonaciones. Es una pintura que vale por un libro de historia. Se vé en ella la Toledo de aquellos tiempos con sus muros y sus casas, las divisas de ambos ejércitos, las armas y los rostros, todo ejecutado con admirable finura y con no sé qué vaguedad de colorido, la cual corresponde á la idea tambien vaga y fantástica que nos formamos de aquellos siglos y de aquella

gente. Otras dos pinturas al fresco que hay junto á la primera representan las naves que conducen á los árabes á España, y ofrecen tambien mil particulares minuciosos de la marina de la Edad Media, con ese aire, si así puede decirse, del tiempo, que hace pensar y ver cosas no representadas en el cuadro, como una música lejana cuando se mira un paisaje.

Despues de las capillas se vá á ver la sacristia, en la que hay tantas riquezas acumuladas que bastarian para remediar la Hacienda española. Hállase entre otras una vastísima sala, cuya bóveda ofrece una pintura al fresco de Luca Giordano: esta pintura representa una vision del paraíso, con miriadas de ángeles, santos, figuras alegóricas que vagan en el aire, ó sobresalen, hasta el punto de parecer esculpidas, fuera de las cornisas, en mil actitudes atrevidísimas. El ciceronc, enseñando aquel prodigio de imaginacion y de trabajo, que al decir de todos los artistas, y para servirme de una curiosísima expresion española es de un *mérito atroz*, os sugiere la idea de mirar el rayo de luz que descende de en medio de la bóveda y va á romperse en las paredes. Mirais, dais una vuelta por la sala, y siempre os parece que aquel rayo de luz cae á plomo sobre vuestra cabeza. De esta sala se pasa á otra tambien admirablemente pintada al fresco por el sobrino de Berruguete, y de allí á una tercera donde el sacristan pone á vista del curioso los tesoros de la catedral: enormes candelabros de plata, cálices resplandecientes de rubies, custodias cuajadas de diamantes, paramentos de damasco recamado en oro, ves-

tiduras de la Virgen cubiertas de bordados, flores y estrellas de perlas, que á cada sacudimiento de las telas despiden reflejos de mil colores difíciles de soportar con los ojos abiertos. No basta una hora para ver de pasada toda aquella muestra de tesoros que saciarían la ambición de diez reinas y enriquecerían los altares de diez basílicas: cuando el sacristán, después de haberlo enseñado todo, busca en vuestros ojos la expresión del asombro, no os encuentra más que la de un estupor atónito, como corresponde á una imaginación que vaga por otra parte, á lo lejos, en los fabulosos alcázares de las leyendas árabes, donde genios benéficos acumulan todas las riquezas soñadas por la ardiente fantasía de sultanes enamorados.

Era la víspera del Córpus, y en la sacristía se preparaba todo para la procesión. Nada más desagradable ni más contrario á la tranquila y noble majestad de la iglesia que aquel ir y venir de teatro que se observa en tales ocasiones. Parece andar entre los bastidores de un escenario la noche del ensayo general. De una á otra sala de la sacristía entran y salen con gran bullicio chiquillos descamisados, llevando grandes brazadas de sobrepellices, estolas y capas pluviales; aquí un sacristán de mal humor abría y cerraba portezuelas de armarios; allí un sacerdote encendido como la grana, llamaba con voz colérica á otro que no le oía; otros sacerdotes atravesaban la sala rápidamente con los hábitos mitad puestos y mitad colgantes; quién reía, quién regañaba, quién hablaba desde uno á otro aposento

en alta voz; por todas partes se sentía roce de sota-
nas, respirar afanoso, rumor de pasos, un estrépito
indecible.

Fuí á ver el cláustro; mas cómo estaba abierta
la puerta del templo por donde á él se va, pude con-
templarlo ántes de entrar. De en medio de la iglesia
se descubre una parte del jardin, un grupo de árbo-
les grandes y frondosos, un bosquecillo, un cuadro
de verdura que parece cerrar la puerta, y se mues-
tra como encajado bajo un arco elegante entre dos
esbeltas columnas del pórtico. Es una vista deliciosa
que hace pensar en los jardines orientales, medio
ocultos por las columnas de las mezquitas. El cláus-
tro es vasto, y lo circunda un pórtico de formas her-
mosas y severas; las paredes están cubiertas de
grandes frescos. Aquí el cicerone me aconsejó que
descansara un poco para disponerme á subir al cam-
panario; apoyéme á una tapia, á la sombra de un
árbol, y allí estuve hasta que me sentí con fuerzas
para hacer, como se dice vulgarmente, otra cami-
nata. Entre tanto me celebraba el viejo con lenguaje
ampuloso las glorias de Toledo, llevando la desver-
güenza del amor pátrio al extremo de considerarla
una gran ciudad comercial que podia dar ventaja á
Barcelona y Valencia, y una plaza fuerte capaz de
cansar, llegado que fuera el caso, diez ejércitos ale-
manes y mil baterías de cañones Krup. A cada fan-
farronada suya recargaba yo la dósis, y el buen
hombre se colaba con gusto infinito. ¡Cuánto podria
uno divertirse si supiera hacerlos cantar! En con-
clusion: así que el altivo toledano se sintió henchido